

A treinta días del poder

Henry Ashby Turner Jr.

Ensayo Histórico – EDHASA, Barcelona, 2000, 358 páginas

Mara Pegoraro – Florencia Zulcovsky

Sin lugar a dudas Adolf Hitler ha sido uno de los personajes emblemáticos del siglo XX. Ese lamentable protagonismo nos remite inevitablemente al horror del proceso del que ha sido artífice. Las vicisitudes de su régimen y sus inefables consecuencias han sido objeto de numerosos estudios, interpretaciones y análisis desde las más diversas posturas teóricas e ideológicas. Sin embargo, nadie hasta ahora nos ha invitado a recorrer con tanta minuciosidad, como lo hace Henry Ashby Turner, las intrigas palaciegas que culminaron con el ascenso de Hitler al poder.

Enfrentándose a los relatos tradicionales que sólo de manera circunstancial nos acercan a los protagonistas de la historia, el autor (profesor de historia de la Universidad de Yale) nos propone conocer la microfísica de la política alemana en esos años, colocándonos así frente a un libro repleto de detalles, datos, información inédita hasta el momento y buscando mostrar el cariz subjetivo de la política. En sus propias palabras: “en un momento en que la asignación del poder de un país tan grande descansaba en un grupo de individuos tan reducido, algunos de los sentimientos humanos más elementales (afinidades y aversiones personales, orgullos heridos, amistades echadas a per-

der y deseos de venganza) resultaron tener consecuencias políticas profundas” (p. 314).

Si el libro intenta describir la manera en que Hitler llega a ser canciller de la República, la elección de su título resulta por demás exacta. El 1º de enero de 1933 nadie hubiera previsto los acontecimientos de fin de mes; Hitler estaba sin embargo a sólo treinta días del poder. De ser un político en decadencia pasaría a convertirse en el personaje central de la política alemana por los siguientes ocho años. Un mes fue, entonces, tiempo suficiente para que su acceso a la cancillería se presentara ante los demás actores como la única alternativa en un escenario político cerrado y asemejable a un “jaque mate” de ajedrez para la República y la democracia.

La virtud del libro de Henry Ashby Turner pasa entonces por sumergirnos día por día en los imprevisibles sucesos de ese “intrigante y oscuro” lapso de la historia de Weimar. Esa descripción diaria asemejable más a una crónica que a un relato logra colocar al lector en el lugar de testigo privilegiado, reactualizando el pasado para introducirlo en la historia de manera presente. El ensayo irá, a lo largo de sus siete capítulos, desgranando la trama, mostrando sucesos cruciales así como aquellos que po-

drían parecer, a los ojos de un observador preparado, triviales y hasta superficiales.

En un rescate de sujetos y personalidades el autor compone a la manera de un rompecabezas la imagen global. Así los grandes acontecimientos (cambios constantes de gabinete, uso de poderes presidenciales, frecuentes disoluciones del Reichstag, Hitler canciller) son producto de una peculiar combinación de las diferentes piezas.

A lo largo del relato, Turner se empecina en mostrarnos que los hechos del 30 de enero de 1933 podrían haberse evitado. A través de una descripción del encadenamiento, en algún punto fortuito e involuntario de acontecimientos y circunstancias desafía al lector a aceptar que la historia pudo haber sido de otro modo. Así, nos deja la sensación de que si cualquiera de los personajes involucrados hubiese contado con algo más de conocimiento o voluntad hubiera tenido la oportunidad de cambiar el destino de las cosas. Es la posibilidad de cambio a la que los actores se vieron enfrentados aquello a lo que el autor apela permanente para contrarrestar el determinismo. Identifica una sucesión de momentos donde cada decisión supone consecuencias previsibles y a la vez no intencionadas, siendo éstas últimas las que aporten la cuota de azar que Turner reconoce en la llegada de Hitler a la cancillería.

A través de las páginas podremos rastrear los hechos que luego serían reconocidos como claves para entender el desenlace de la historia. Turner ubica como primer momento, hacia finales de 1932, el desplazamiento de Von Papen de la cancillería y su reemplazo

por Schleicher, quien había sido hasta entonces su patrocinador y mentor. La artera jugada llevada adelante por el nuevo canciller impondrá el ritmo y cariz de las relaciones con su predecesor, un vínculo signado por el odio, el deseo de venganza y la subestimación que hará considerar como razonable cualquier alternativa al triunfo del oponente. “La amistad por su parte (Von Papen) había dado paso a un odio vehemente hacia el hombre que lo había puesto en el candilero para después desembarazarse de él” (p. 93). Es precisamente en este punto donde las cuestiones personales, siempre presentes en política, comenzaran a inclinar el fiel de la balanza y a constituirse en el único motor y fundamento de las decisiones a tomar.

Un segundo momento puede ubicarse en los encuentros que tuvieron lugar entre Von Papen y Hitler, iniciados el 4 de enero de 1933. Las motivaciones para ello se hallaban en el deseo de venganza y de retorno al poder por parte de Von Papen y en las intenciones del dirigente nazi de contar entre sus aliados al personaje que había sabido granjearse la confianza del Presidente de la República, condición que podía garantizarle el acceso a la cancillería que tanto anhelaba. Sin capacidad de preverlo, Von Papen con el encuentro de Colonia “acabó con el aislamiento político de Hitler, al tiempo que supuso un enorme empuje para su cada vez peor fortuna” (p. 97). Como una muestra de la insensatez e incapacidad de realizar una buena lectura de esos acontecimientos, el autor señala como determinante la subestimación que realizaría la mayoría de la dirigencia alemana. “Solo

una minoría reconoció que la explicación más sencilla era también la más probable; es decir, que los dos políticos hostiles al canciller Kurt von Schleicher se hubiesen reunido para conspirar contra él...” (p. 103)

El siguiente momento crucial en el ascenso de Hitler y caída de Schleicher, la reunión del 22 de enero de 1933, supuso la incorporación de los más estrechos colaboradores del Presidente a la conspiración, a la vez que implicó la cesión de la futura cancillería al dirigente nazi. Con el desarrollo cronológico de los acontecimientos se introduce al lector en el entramado de relaciones que acabarían por dar un resultado aún imprevisto para sus propios artífices, tal el caso de Von Papen incapaz de imaginar que cediéndole de derecho la cancillería a Hitler no solo no lograría ser el poder en las sombras conforme a su plan, sino que se convertiría en cómplice de la experiencia totalitaria más devastadora del siglo.

Turner busca así, dar crédito a su tesis del nivel de influencia que sobre los acontecimientos tuvieron las motivaciones individuales, los egoísmos y ansías de poder de cada uno de los protagonistas, revelándonos la escasa concurrencia de objetivos que entre ellos existía y la coincidencia en un solo fin: poner punto final a la experiencia Schleicher.

El autor detiene entonces el relato al final de la partida, presentándonos un escenario de jaque mate. La dinámica que conjuga la inevitabilidad de los acontecimientos del 30 de enero junto con el sinnúmero de oportunidades previas que se les presentaron a los protagonistas para modificar el curso de la

historia, hace del libro de Turner un ensayo histórico original y desmitificador sobre el origen del Tercer Reich. A punto tal busca el autor contrariar lo establecido que se permite sostener que “la creencia de que lo que tuvo lugar el 30 de enero de 1933 fue una toma de poder es falsa. En realidad, Hitler no se hizo con el poder; le fue entregado por los hombres que en ese momento controlaban el destino de Alemania” (p. 298).

Resulta innegable el valor documental que la obra de Turner presenta, la reconstrucción detallada y prolija que del mes de enero el autor realiza encuentra en el diario de Goebbels, las declaraciones juradas que miembros del régimen nazi presentaron ante el Tribunal de Nüremberg, diarios de la época y documentos partidarios como diplomáticos sus principales fuentes.

Más allá de constituir una obra recomendable por su original enfoque y detalle, hacia el final de la obra el autor busca realizar un ejercicio de historia contrafáctica que no solo le resta rigurosidad analítica sino que incluso resulta urticante para quien se enfrente a sus afirmaciones. Turner parte de la premisa, compartida por todos, que cualquier alternativa hubiese sido preferible al régimen nazi; sin embargo la defensa que de un régimen militar como opción viable y “mal menor” realiza despierta, resquemores sino tajantes objeciones. Sostener la tesis del “mal menor” resulta por lo menos peligrosa, pues nos habilita a caer en un relativismo al momento de evaluar la solución de conflictos por vías no democráticas. De igual forma el autor argumenta que una experiencia militar en Alemania

hubiese estado muy lejos de asemejarse a la experiencia vivida: “una dictadura militar (...) podría haber llenado prisiones con oponentes políticos, pero no habría poblado un archipiélago de campos de concentración gobernados por una plantilla de sádicos (...) ni se habría embarcado en un programa sistemático de genocidio” (p. 321).

Para nosotros, lectores latinoamericanos, las palabras de Turner resultan

desafiantes, precisamente porque fuimos testigos de las muchas dictaduras militares que han replicado características emblemáticas del régimen nazi. No podemos sin embargo dar una respuesta acabada a la pregunta que el autor nos plantea de manera elíptica al final de su obra ¿de no haber existido el nazismo, las dictaduras militares hubieran tenido por sí mismas la capacidad de diseñar mecanismos similares?